

LOS ROMEROS

POR EDUARDO MAULEON

Los he visto concentrados frente al pequeño atrio de la iglesia. La mayoría de los jóvenes entunicados, apoyados a unas gruesas cruces de madera. A la espera de que lleguen los romeros de los demás pueblos del valle. Hablan y fuman mientras los chiquillos, con las manos a la espalda, los miran con admiración y envidia.

El día está pegajoso. Es un día como tantos en esta época del año, en los que sobre este terreno casi inhóspito, se concentra el calor de madera rabiosa. Aquí, los campos, la mayoría sembrados de trigo y avena, muestran numerosas calvicies porque el grano apenas si tiene ansia de crecer. Imperan las piedras, los bojés, las zarzamoras. Hay algunas piezas cuyos tormones, mezclados con la tufa, tienen algunas filas de raquítrico y amarillento-trigo, adornado de amapolas, que no se recogerá. Este año al menos, la sequía ha hecho fuerte mella en ellos y verdaderamente el esfuerzo y las jornadas de trabajo no les puede compensar en su recolección.

Allá abajo un camino, al par de un regacho, sombreado por chopos altísimos. Y sobre ese camino asoma una loma gris por la que estoy viendo descender una hilera de romeros. Es una fila negra entre las que se destacan camisas blancas.

Viento del Sur. El bochorno mueve a las hojas, verdísimas, de los chopos haciéndolas reverberar cual si fueran espejuelos.

El camino, de herradura, está lleno de guijarros y sus bordes enmarcados por chaparros de lacerantes púas. Asciede entre vueltas y revueltas dejando diminutos los campos y las aldeas de color ceniza.

Aquí, tras esta mata que ofrece una relativa sombra, aguardo a los romeros. Todavía queda bastante distancia a la cumbre donde se asienta la ermita. Lagartijas, hormigas, saltamontes, tomillo, hierbabuena, juncos, calor... Todo esto lo tengo a mi alrededor.

Ya tengo aquí a los romeros. No comprendo cómo estos curas, sin recogerse la sotana, con zapatos de lisa suela, atado el cuello, pueden subir por estas abruptas cuestas. Ahí están, el Cabildo y los Ayuntamientos y sus vecinos. Los mozos y los que no son tanto. También la mayoría con zapatos, entunicados y portando las cruces. Rezando el rosario y cantando letanías en un derroche increíble de maravillosa fuerza de fe. Me hago la pregunta de si es la fe la que les impulsa a enseñar esas tremendas facultades o si son las facultades las que les lleva a mostrar esa fe. Ya sé que no debía haber pensado eso, pero ya no tiene remedio.

Con los rostros bañados en sudor, con la ropa pegada a los cuerpos encorvados pasan ante mí mirándome creo que con cierto orgullo. Por lo menos es lo que yo creo que haría en el caso de ellos. Porque la verdad es que me hallo convencido de que no me miran con envidia por estar a la sombra, sin peso y descansando.

Subo con ellos. Voy al par de un vejete bastante hablador. Me dice que en otros tiempos él solía subir con una carreta de bueyes, los pellejos de vino.

—Una vez —me dice— con el «tambliar» de la carreta se rompió un pellejo. ¿Sabe lo que hicimos? Pues le «echemos» lo menos diez litros de agua. No se enteró nadie. Porque con calor cuando es algo fresco no se nota.

La ermita está enclavada a más de mil trescientos metros de altura. En una loma hermosa con horizontes de Pirineo. Tiene la ermita una preciosa puerta románica y su interior limpio y acogedor.

A la sombra de la ermita hay puestos unos tablones sustentados por ladrillos y tejas, que servirán de mesa a los párrocos y componentes de los Ayuntamientos. Los demás se pondrán junto a esos pellejos de vino para «paniquear». El Ayuntamiento de turno invita a pan, queso y vino a todos los romeros y a cuantos allí acudan.

Ya cuando todos se han repuesto de la dura ascensión, se meten en la ermita a la llamada de la vibrante campanita. Resultan de tremenda emotividad esos únicos instantes de la misa escuchada aquí arriba, un poco alejado de la ermita, justamente hasta donde llegan los cantos y los rezos, teniendo por escenario un fondo de montañas nevadas; y más cerca rodeando esta atalaya, campos de labrantío cegados por el sol, desiertos, blanquecinos o amarillentos, a la espera de que acudan estos hombres que ahora, están rezando. Pienso en ellos, en estas gentes que, sucediéndose a otras generaciones, siguen fieles a esta tradición juntándose en los caminos que aquí arriba llegan, para postrarse ante la imagen en acción de gracias y en demanda de ayuda a sus males y miserias.

Aun es cierto que todavía quedan pueblos sanos. Ahí están esos hombres y esas mujeres que ahora, a la salida de la misa reirán y cantarán y bailarán gozosos hasta que la tarde llevándose al sol, todavía caliente, los reúna de nuevo para descender a sus aldeas silenciosas perdidas en un rincón de Navarra.